EDUARDO CARMONA

CANTARES



BUENOS AIRES

1897

CANTARES

POR

EDUARDO CARMONA

BUENOS AIRES
1897.

A ESPAÑOLES Y AMERICANOS

Treinta años llevo de residencia en la América del Sud, hospitalarias tierras á las cuales amo y concèptúo como mi SEGUNDA PATRIA.

Sin embargo: nunca olvidé el bello suelo donde nací, España! Y como debil prueba, ahí van mis CANTARES: *pequeño testimonio de que siempre fuí hijo cariñoso, sin olvidar jamás al País que me dió generoso albergue durante tantos años; donde han nacido mis hijos y donde descansan los restos de mi inolvidable madre.*

EL AUTOR.

Buenos Aires, 1897.



CANTARES

Sabeis lo que son *cantares?*
—Esto es claro como el sol:
alegrías y *pesares*
del noble pueblo Español.

Cantares son las canciones,
y la expresión más sincera;
con la cual la raza Ibera
expresa sus impresiones.

Canta el Español sus penas,
pero con tan buenos modos
que van de alegrías llenas
y no se aperciben todos.

Los Españoles cantamos
los días que más sufrimos,
pues por afuera *reímos*
mientras por dentro *lloramos*.

Quien canta su mal espanta
leí en un libro ayer tarde.
Ya estoy ronco de cantar
y no hallo alivio á mis males.

Cantando van á la guerra
los soldados españoles,
y entran cantando al combate
y matan cantando á un hombre.

Es cosa tan singular
la que á ratos me acontece,
que entre reir ó llorar
me decido por *cantar*,
que eso alegra y entristece.

Los cantares son muy tristes,
y todo aquel que los canta
es porque ya tiene enferma
de desengaños el alma.

Mi madre una vez me dijo:
—*No cra de hombres el llorar*,
Por eso cuando me aflijo
me pongo siempre á *cantar*.

No puede haber más desdicha
para quien es desgraciado
que el ganar su triste vida
sus propios males cantando.

Canta el pájaro en la selva
con entera libertad...
Y yo, que cual él soy libre,
¿porqué no puedo cantar?

Las aves tienen gorjeos,
sus olas el ancho mar,
en cambio yo sólo tengo
¡los ojos para llorar!

Se corta á un ave las alas,
y ya no puede volar.
¡Las alas del *pensamiento*
nadie las puede cortar!

Las arenas van al mar
y los arroyos al río:
¿adónde irán á parar
los ayes del pecho mío?

Lo mismo es ayer que hoy;
sólo hallo espinas y abrojos
y lágrimas en los ojos
por donde quiera que voy.

No hay pena como la mía
ni hay dolor cual mi dolor.
Ayer dijo me quería
y *hoy* me ha negado su amor.

Las casas viejas se caen,
las montañas se derrumban:
¡sólo las penas del alma
son las que más tiempo duran!

Dos cosas hay en la vida
que ni se compran ni venden:
el cariño de una madre
y la salud que se pierde.

Tengo en el alma una pena
que no se aparta de mí:
¡los dolores que á mi madre
le causé cuando nací!

Hay *dos dolores* inmensos
para las pobres mujeres:
cuando dan á luz un hijo
y cuando el hijo se muere.

Sólo una vez en la vida
me vieron á mí llorar:
¡cuando á mi madre querida
la llevaron á enterrar!

Una sola vez al año
visitaba el cementerio;
ahora voy todos los días
desde que mi madre ha muerto.

Llegué hasta el camposanto
y me detuve á rezar,
y vertí copioso llanto...
¡que á la madre que amé tanto
la llevaban á enterrar!

A la Vírgen yo rezaba
y al terminar mi oración,
como en tí madre pensaba,
me fijé que la llamaba
¡*madre* de mi corazón!

Se muere á la madre un hijo
y Dios otro hijo le da.
El hijo pierde á la madre
y no halla otra madre más.

¿Para qué dolores pasan
en este mundo las madres?
Los hijos cuando se casan
no se acuerdan de sus padres

Hay cadenas que sujetan
al hombre más que los grillos:
los *deberes* del esposo
y el cariño de los hijos.

Aquel que pierde á la madre
no halla en el mundo otra más.
Se puede encontrar un padre,
pero una madre... jamás!

Madre que á hijos deponen
se han visto en todas las eras:
mas nunca se vió en las fieras
que á sus hijos abandonen.

El que no quiere á sus hijos
no puede querer á Dios.
Si Satanás fuera padre
amara la religión.

Hasta en las fieras también
es innato el sentimiento;
se muere una, y al momento
reunidas todas se ven.

Sólo una vez en la vida
se siente santo cariño:
cuando se tiene en los brazos
y se besa al primer hijo.

Mi querida me dió un beso
porque un collar le compré.
Los besos que da una madre
son besos sin interés.

Todo el que quiere á la madre
Dios le da bienes prolijos,
pues cuando llega á ser padre
recompensa halla en sus hijos.

Quien respeta á los ancianos,
cuando llega á la vejez
halla en los hombres hermanos,
y bienestar á la vez.

Levanta siempre al caído,
porque si caes al pasar
no hallaras un ser querido
que te ayude á levantar.

No niegues tu compasión
ni al mendigo ni al anciano,
que en esta pobre mansión
es el hombre nuestro hermano.

Tanto vale el hombre en vida
y tanto, aun después de muerto,
¡que hasta á los gusanos sirve
su cadáver de alimento!

Las obras que alaba Dios
son *las que menos se saben:*
las que quedando entre dos
evitan de que se alaben.

Como Dios es justiciero,
así sus dones envía:
al bruto le da *dinero*,
al pobre *sabaduría*.

Si los hombres se pagaran
sólo con amor profundo,
los avaros se acabaran
en este mísero mundo.

Si el avaro meditara
como los días *ahorrar*,
la existencia se quitara
y así á la muerte le *ahorrara*
el tenerlo que matar.

Matan en la guerra á un hombre
por *defender* su Nación,
y á aquel que *mancilla* un nombre
concede el mundo perdón!

¿De qué sirve en este mundo
ni la virtud ni el trabajo,
si el *crímen* viste de seda
y la *honradez* con harapos?

En el mundo el adulón
es el que vive dichoso.
¡Maldita la adulación
y el que la acepta gustoso!

Nace en el hombre la idea,
el hombre va al cementerio,
y la idea, casi siempre,
al carro del basurero.

Fija los ojos al suelo
siempre el hombre al caminar
jamás los fija en el cielo:
y es que sabe que el *consuelo*
solo en la tierra ha de hallar.

Es tan angosto el camino
por donde la *virtud* pasa
para llegar hasta el cielo,
¡que sólo caben las almas!

Quiere el hombre en su ambición
no un corazón, sino dos.
¡Bien sabe lo que hace Dios
dando sólo *un corazón*.

De *tierra* venimos,
de ella nos formamos:
y pues *tierra* fuimos,
á la *tierra* vamos.

Soñé que nos enterraron
á tí y á mí en un cajón:
que muchos años pasaron,
y al abrir la caja hallaron
¡solamente *un corazón!*

Una hija cariñosa
un beso al sepulcro dió
en que la madre reposa,
¡y el cadáver se movió
dentro de la misma fosa!

Cuando tañe la campana
con su son nos dice así:
¡reza, que tal vez mañana
doblaré también por tí!

La vida es una *cadena*
de interminable tormento;
cada *eslabón* una pena
que coloca el sufrimiento.

Un consejo mío atiende.
Torres el viento echa abajo,
y al que imitarlas pretende
le suele pillar debajo.

La vida nuestra se encierra
—pero nadie piensa en eso,—
en *mortal, cadáver*, *hueso*,
y más tarde sólo *tierra*.

—

Entre el hombre y la mujer
hay al *nacer* diferencia:
la mujer nace de pie,
pero el hombre de cabeza.

En este mísero mundo
todo es mentira falaz.
Todo, sí. Menos la *muerte*,
¡que es la única verdad!

Nadie por causas de amor
en el mundo desespere,
que el amor es mercancía
y á cualquier precio se vende.

La muerte es la sola prez
que en este mundo alcanzamos.
porque al morir todos vamos
á descansar de una vez.

Qué feliz es el que muere
y en el sepulcro descansa!
—Allí no mora el orgullo,
la muerte á todos iguala!

Tanto afán por conseguir
renombre, honor y caudales.
¡para después al morir
quedarnos todos iguales!

Hoy el orgullo se encierra
palacios en construir.
¡Necios! ¡si á un palmo de tierra
todos tenemos que ir!

Si Dios le indica al mortal
siempre el sendero del bien,
¿como los hombres no ven
van al camino del mal?

Que hay un Dios, es cosa cierta.
Que hay muertes, todos lo ven.
¿Porqué, si mi alma está muerta,
no se la llevan también?

Se van los años, se van!
en los viejos escuchamos.
¡Qué equivocados están!
Nosotros sí que *nos vamos*.

¡Cuan bello que es el vivir,
y la existencia pasando,
ir este mundo dejando
de miserias, y morir!

Los sabios se vuelven viejos
solamente de pensar:
los brutos nunca envejecen,
porque no piensan jamás.

Los sabios, según la historia,
se mueren de *congestión;*
si no miente mi memoria,
los brutos, de *indigestión.*

Dan los necios en decir
y los sabios en pensar
adónde irán á parar
los que dejan de sufrir.

Al pie de un árbol sin frutos
me puse á considerar,
que en este mundo los brutos
sólo llegan á medrar.

No se adquieren con cañones
las voluntades sinceras.
Las *balas* para las fieras,
para los hombres *razones*.

Los pensamientos más bellos
que el hombre debe tener
solamente son aquellos
que el *amor* manda ejercer.

Somos aves que cruzamos
en busca de mejor suerte,
que por el mundo pasamos
para parar en la muerte.

Yo te daría consejos,
mas no los has de seguir,
porque hoy día hacen reir
las máximas de los viejos.

No son á veces los años
los que hacen envejecer,
que también los desengaños
nos hacen encanecer.

Dios colocó por barrera
en el hombre el *sentimiento*,
porque sin él, yo presiento
cada hombre sería una fiera.

Desde el día en que nacemos
la desgracia nos amaga,
que la desgracia es insecto
que en todas partes se halla.

Al ver una sepultura
se me alegra el corazón,
¡y es que ver se me figura
ya mi cuerpo en el cajón!

Corazón, que á amar naciste,
sufre de amor la inconstancia,
que ya el verdadero amor
no existe para las almas.

Si aun siendo correspondido
al amar se sufre tanto,
¡qué pena será tan grande
el amar sin ser amado!

Los hombres se vuelven viejos
á fuerza de padecer,
y se miran al espejo
sin quererse convencer.

No cuentes nunca tus penas,
consérvalas en el alma,
que las desdichas ajenas
nadie las oye ni calma.

Si tienes un gran pesar,
toma de ejemplo mi idea:
vete á un rincón á llorar
en donde nadie te vea.

La experiencia en esta vida
de poco sirve ó de nada,
si ella no va acompañada
de la modestia debida.

Las hojas que el viento arranca
al árbol no vuelven más.
Los hombres corren el mundo,
pero vuelven á su hogar.

En un globo yo subí,
—nada hay en esto que asombre,-
y desde allí arriba... ví
¡lo pequeño que es el hombre!

Los reveses de la vida
como las veletas son:
dan vuelta sin ton ni son
y se paran en seguida.

Los buques vienen y van
cuando reina el mismo viento:
las almas quietas están
con distinto sentimiento.

Si entre el corazón y el pecho
colocara Dios cristales,
el mortal tendría derecho
de mostrarlo á sus iguales.

Yo tengo empeño en saber,
y nadie me da razón,
si es verdad que á la mujer
la hizo Dios *sin corazón*.

Vamos pasando esta vida
de dolor y de pesares,
que pronto vendrá la muerte
y acabarán nuestros males.

Si el hablar es un *engaño*
y el cantar es *fantasía*,
callémonos, alma mía,
que en eso no cabe daño.

Todos adornan á un *Ser*,
que aunque distinto es el mismo.
Yo en eso uso egoismo,
sólo adoro *á la mujer*.

Oye mi estado y mi suerte
en muy corta relación:
—¡Soy el hijo de la muerte!
los sepulcros mi mansión!

Pensamientos, pensamientos...
¿adónde ireis á parar?
¿á morir entre los vientos
ó en el fondo de la mar?

Se van y vienen los males
cual vienen y van los días,
que en el mundo los pesares
son más que las alegrías.

En este mundo
el más dichoso...
tiene pesares
como los otros.

Amor en la mujer
es como el fuego:
mientras más arde
dura menos tiempo.

El corazón, á mi ver,
es libro poco apreciado:
como siempre está cerrado
nadie lo puede leer.

Delante del espejo
se ven las *caras*,
y detrás de las obras
se ven las *almas*.

Al espejo mirándose
clamaba un negro:
—¿porque para las *conciencias*
no habrán espejos?

Un recuerdo hay en la vida.
un recuerdo halagador
y que el hombre nunca olvida:
¡el primer beso de amor!

Preciso es que me enterraran
en lo más hondo del mar,
que muchos años pasaran
y ni aun mis restos quedaran
¡para poderte olvidar!

—¿Qué papel juega en la esfera
de este mundo la mujer?
—Ella al hombre regenera
ó convierte en Lucifer.

Al más pequeño deslice
la mujer pierde honra y fama,
que el cristal mientras más claro
más fácilmente se empaña.

Temo más á la calumnia
que á las fieras más feroces;
la una mata lentamente,
las otras de un solo golpe!

Si de un árbol muy frondoso
sólo se quiebra una rama,
ya el vulgo necio lo llama
el árbol defectuoso.

Para algunos, la mujer
es una *estatua animada;*
para un rato de placer,
luego después para nada.

Domestica el hombre al tigre
y á las más feroces fieras,
pero á una mujer *sin seso*
no hay quien domesticar pueda.

Delante de un *toro* fiero
se llega el hombre á poner,
más no se pone el torero
ante una fiera *mujer*.

Pues sabios hay en el mundo,
quiero una cosa saber:
si hay abismo más profundo
que el alma de una mujer.

No me preguntes quien soy,
cual es mi Patria y mi fe,
de donde vengo ni voy...
¡pues yo mismo no lo sé!

Al pie de mi sepultura
pon un letrero que diga:
—*Aquí el dolor se mitiga*
y toda pena se cura.

Cariño de las mujeres
no me gusta mendigar,
que es moneda que no pasa
si se da sin voluntad.

Oye, niña, y no te asombre:
hay dos modos de querer;
con el *alma* quiere el hombre,
con los *labios* la mujer.

La mujer, cual el melón,
nos engaña en la apariencia;
la que tiene *corazón*
es que no tiene *conciencia*.

Delante de un crucifijo
juró amarme una mujer,
y me la encontré al volver...
casada ya y con un hijo.

De hinojos la ví que estaba
delante de *San Miguel*;
no sé si rezando á aquel
ó si es que al *diablo* rezaba.

Un loro Amelia me dió
por que le enseñase á hablar,
y sabeis lo que aprendió?
solamente á *suspirar*.

Yo se que voy á *morir*
y no me espanta la muerte;
porque la muerte es *dormir*,
dormir, *soñar*, soñar *verte!*

Para probar que te quiero
con todo mi corazón,
le dije al sepulturero
que si antes que tú me muero
me deje abierto el cajón,

Me preguntas *qué es amor.*
En cuanto que estés casada
la persona interesada
te lo explicará mejor.

En tu ciego frenesí
por castigar mis agravios,
me dicen que *no* tus labios...
pero tus ojos que *sí*.

Yo sé muy bien que me muero
de tanto, niña, quererte,
por tí recibo la muerte...
¡y dices que no te quiero!

Fuí mis lágrimas echando
dentro de un algibe muy hondo;
las están ahora sacando,
pero no dan con el fondo.

Cuatro velas para un muerto,
cuatro ruedas lo conducen,
y *cuatro* llevan la caja
momentos que lo sepulten.

Yo tengo la convicción
que si algún día me muero,
me escaparé del cajón
para decirte—*¡te quiero!*

Tienes los ojos *azules*,
pero *negras* las entrañas,
¡y hay quien dice que los ojos
son *el espejo del alma!*

Al Señor le escribiré,
cuando aprenda yo á escribir,
y sólo le pediré
contigo *un día* vivir...
y después me moriré.

En vano intenta olvidar
aquel que bien ha querido,
que *ausencia* en vez del olvido
hace amor acrecentar.

No pienses no que en la ausencia
te pueda al olvido dar.
¿Cómo te podré olvidar
si te llevo en la *conciencia?*

Dicen que olvida el que ama,
y también el que se ausenta.
El que dijo esas palabras
que se las cuente *á su abuela*.

Para olvidarme de tí
compré un libro de gran fama.
Lo primero que leí:
No olvida nunca quien ama.

Un árbol tenía yo;
á él mis penas le conté,
y al separarme noté
que de raíz se secó.

Como un niño ayer lloraba
recordando tu falsía.
Donde una gota caía
el sitio cicatrizaba.

Por la cuesta del *olvido*
voy subiendo con trabajo;
pero me queda el consuelo
de que otros la van bajando.

Hay en mi pueblo una ermita,
en ella me cristianaron,
pero el agua que me echaron
dicen no estaba *bendita*.

Las campanas de mi aldea
doblaron cuando salí,
como diciendo:—*¡Adios hijo,*
ya no volverás aquí!

Yo me enamoré del aire
con todo mi corazón.
Ya no me fío de nadie,
que hasta el aire me engañó.

No me inquieta ni me altera
que me tengan que enterrar:
lo que sí me desespera
¿quién mi entierro ha de pagar?

Aquel que tenga pesares
que se acompañe conmigo
porque la *pena* y el *pesar*
deben caminar unidos.

A doblar están tocando.
—¿Pues quién se ha muerto?
—¡Un corazón que habitaba
dentro mi pecho?

Subí á la torre más alta
y le dije al campanero:
—Toca á muertos, majadero,
que el repicar no hace falta.

Los pobres van mendigando
una limosna por Dios.
Yo soy más pobre que todos,
que voy mendigando *amor.*

Para que nadie comprenda
lo que yo sufro por dentro
llevo en los lábios la *risa*
y en el alma el *sentimiento.*

Que te habías muerto, Ambrosia,
soñé—¡lo que sueños son!—
y que al hacerte la autopsia
no te hallaron *corazón*.

Dentro de un grano de arena
quisiera que te enterraran,
que bien puede caber en él
si no tu cuerpo, tu alma!

Iba el ataúd cerrado
y al pasar la conocí,
que mi pecho enamorado
me dijo que ella iba allí.

El día que la enterraron
llovía sin desconsuelo,
¡Es que su muerte *lloraron*
los ángeles en el cielo!

Desde el día en que te ví
creo en dos seres, en dos;
primero creo en un Dios,
y luego después en tí.

Por un canal muy estrecho
no cabe más que un bajel.
Así le pasa á mi pecho,
sólo tu amor cabe en él!

Que te diga mis antojos?
óyelos, aunque me riñas:
me casara con *dos niñas*,
y esas son... las de tus ojos.

Si antes que tú yo me muero,
te pido de corazón
que me hagas grande el cajón,
porque en mi tumba te espero.

Ayer me fuí á confesar,
¡creo en Dios! iba á decir.
¿En qué pensaría yo
que dije *creía en tí!*

Si las almas buenas van
camino, niña, del cielo,
moriré con el consuelo
que las nuestras se unirán.

Las leyes dan su perdón,
—¡y en el porqué ya me fundo!—
á las niñas que en el mundo
nos roban el corazón.

Aunque al pie del Redentor
cariño se mendigara
el cariño se negara
cuando no se siente amor.

Al sol—*pára*—le dirás
y el sol podrá obedecerte,
más *nunca* conseguirás
que deje yo de quererte.

Todos piensan en medrar,
y yo de ellos me río,
pues solo pienso en amar...
¡en amarte á tí, bien mío!

Tengo perenne una idea
que no se aparta de mí:
cuando en la fosa me vea,
¿quién ¡ay! velará por tí?

Cuando yo me esté muriendo
que no te sienta llorar.
Quiero yo morir sintiendo
que por mí te has puesto á orar.

Si vas á mi sepultura
y sientes un aye allí,
no temas—¡es mi cadáver
que ha respirado por tí!

De tal modo me golpea
el corazón en el pecho,
que pensando *que me llamas*
muchas veces me despierto.

Estoy estudiando ahora
inglés, guaraní y griego,
para en todos los idiomas
poderte decir—*te quiero.*

Cuando salen las estrellas
me pongo á pensar en tí,
preguntando á todas ellas
si piensas también en mí.

Cuando salen las estrellas
me pongo á pensar en tí,
y creyendo verte en ellas
paso las noches así.

Si pudieses asomarte
y ver como tengo el alma,
de fijo que me tendrías
mucha, muchísima lástima.

Tengo en mis manos la suerte
y no la sé aprovechar.
Se acabara mi penar
con sólo darme la muerte.

Diez años duró mi ausencia.
y cuando á verla volví
en brazos de otro la ví,
y me dijo:—*¡ten paciencia!*

No vayas al campo santo
tus desdichas á llorar.
que los muertos, si oyen llanto,
suelen, niña, despertar.

Mándale pedir á Dios,
si no quieres que te quiera,
que coloque entre los dos
otro mundo por barrera.

Dime ladrón, embustero,
asesino y mucho más;
pero no digas jamás
que de veras no te quiero.

Si me has de decir que no
dame en seguida la muerte,
porque á vivir sin quererte
prefiero la muerte yo.

Acuérdate al confesar
que tus ojos son *ladrones*.
que roban los corozones
solamente con mirar.

A las estrellas les cuento
tu ingratitud y mis penas,
pero como están tan altas
no me oyen las estrellas.

Llama al doctor, y verás
como el mal que yo padezco
me lo puedes tu curar
tan sólo con darme *un beso*.

Una cosa es necesaria
para que te olvide yo:
que al llevarme al campo santo
me saquen el corazón.

Yo no le temo á la muerte,
puedo en buena hora venir:
lo que sí temo al morir
es el dejar de quererte.

Cuando yo esté en el cajón
que me hagan la autopsia quiero:
verán en mi corazón
de la enfermedad que muero.

Son tan hermosos tus ojos
que hasta los ojos del día
de tus ojos tienen celos,
y tienen celos... de envidia.

Si me dices—*yo me muero*
puede ser que te lo crea:
más si me dices—*te quiero*
eso... después que lo vea.

Cuentan que en una ocasión
se hallaron en un camino,
y ni aun *adiós* se dijeron,
tus suspiros y los míos.

Quisiera poder tragar
las aguas del oceano,
por no tener con que llorar
tu proceder inhumano.

Hasta el fondo de los mares
puede el hombre penetrar,
pero al fondo de tu pecho
nadie ha podido llegar.

¿Quieres te diga una cosa?
pues escúchala con calma:
¿porqué siendo tan hermosa
tienes tan horrible el alma?

Cuando digo *que me amas*
lo digo yo muy bajito:
cuando digo *que te amo*
entonces lo digo á gritos.

Cuando voy al cementerio,
te juro por mi salud,
me da ganas de enterrarme,
antes que me entierres tú.

No pretendas impedir
que mi corazón te quiera,
que es lo mismo que pedir
que la gente no se muera.

Anda, corre y dile al cura
que toquen, porque me muero
y avisa al sepulturero
que cabe mi sepultura.

Quisiera que me enterraran
en el fondo de tu pecho,
porque ocultas se quedaran
las maldades que me has hecho.

No digas que me has amado
ni digas que te he querido,
que si tú me has *olvidado*
yo te tengo en el *olvido*.

Para acudir á tus citas
no necesito reloj:
sólo cuento los latidos
de mi amante corazón.

Tome este pliego, mi vida,
y léalo en confianza,
que en él va escrito con sangre
lo que la adora mi alma.

San Pedro tiene la llave
del Cielo, como portero,
pero San Pedro no sabe
que hizo dos el cerrajero.

A mi entender es la vida
como el dolor de una muela:
viene el dentista, la saca
y el dolor entonces cesa.

El cura ayer predicó
—*Dios nos manda perdonar*,
y un tramposo le entendió
—*Dios nos manda no pagar*.

No hay nada más mentiroso
que un poeta principiante;
al *feo* le llama *hermoso*,
por buscar un consonante.

Riquezas mal adquiridas
son castillos en el aire,
que al menor soplo de viento
se derrumban y deshacen.

En tus ojos he leído
lo que los míos buscaban.
Niña, tus ojos han sido
el faro de mi esperanza.

Contemplando las estrellas
paso las noches, pensando
en si me tendrás presente
ó en si me habrás olvidado.

La mano del corazón
anoche me diste, Pepa:
y yo te dí la del alma,
que es la manita derecha.

No quiero yo que me mires
con los ojos de la cara.
Me gusta más que me miren
con los ojitos del alma.

Me olvidaste, te olvidé.
Los dos en paz nos quedamos.
¿A qué me vienes ahora
con tus quejas y tu llanto?

Por amar á una mujer
he perdido mi acomodo.
Después de tanto perder
me dicen que soy un tonto.

Con un pillo he de alternar,
pero con un bruto no;
que á mí me gusta tratar
con quien sea como yo.

¿Quién había de pensar,
que después de tanto correr,
que tan sólo una mujer
me hiciera los *piés* parar?

La mujer que engaña á un hombre,
siendo éste bueno y constante,
nunca debiera á este mundo
haberla dado su madre.

Siempre que miro hacia el cielo
me acuerdo de tu semblante,
y es que el cielo y tus facciones,
María, son tan iguales!

Ayer que estabas enferma,
hoy que te encuentras muy mala:
dí de una vez que te mueres
para hacerte la mortaja.

No te pongas á mi lado
ni te me arrimes,
que tu cara me parece
sala del crímen.

Eres tonto, *esavorío*,
tramposo y abominable;
este cuerpo no ha *nacío*
pa un hombre tan despreciable.

Aunque en la calle me encuentre
no me mire usted á la cara,
que algún desaire merece
el que pudiendo no paga.

Cuando paso por la callc
donde tú antes vivías,
se convierte con mi llanto
en otro *Guadalmedina*.

Sabiendo cuanto te amo
no me das una esperanza.
Pero al fin eres mujer
y tienes de roca el alma.

Me dió madrastra mi padre
y me pude convencer
que en el mundo no hay más madre
que aquella que nos dá el ser.

Ya los quintos van marchando:
sabe Dios cuando vendrán.
Pobrecitos, van llorando...
¡sabe Dios si volverán!

No creas, Patria querida,
que de tí me encuentro ausente.
Dí—*necesito una vida*
y allí me tendrás presente.

Madre mía... ¡qué dolor
en un instante he pasado!
Con su flecha el niño Amor
el pecho me ha traspasado.

Dicen que el mundo camina
y que el sol nunca se mueve.
Que con hechos me lo pruebe
quien de esa manera opina.

Si con una sola vida;
España, tu mal cesara,
no dudes, Patria querida,
la mía sacrificara.

Soy español, andaluz,
treinta y tres años de edad,
casado, con siete hijos,
por lo que gusten mandar.

Vaya un pensamiento mío
para tí, Patria querida.
—*¡Haz cuenta que te lo envío,*
y toma en cambio mi vida!

Yo no me llamo *Consuelo*
sino me nombro *Dolores,*
que á la mujer desgraciada
no le está bien aquel nombre.

Yo me llamaba *Benigno*
y me nombraban *Modesto,*
y ahora que me he casado
me llaman todos *Cornelio.*

Cuando Dios está enojado
si no mienten las reseñas,
por quitarle el desenfado
le cantan las *malagueñas.*

Esta copla y me despido,
que como las doce han dado
ya tengo un ojo *dormido*
y otro medio cerrado.

Entre el hombre y la mujer
hay esta gran diferencia:
el hombre piensa *despierto*,
y la mujer *durmiendo* piensa.

Un millonario avariento,
después de *sacramentado*,
mandó pedir de fiado
papel para el testamento.

Soñé que al cielo subí,
—en un globo por señas,—
y en el cielo solo ví
Uruguayas y *Porteñas*.

En el canto de un papel
—ya veis si es estrecho el grueso,
escribí con mi alma en él
—*España... ¡te mandó un beso!*

Unos te dicen—*¡bien mío!*
Otros—*¡España, te adoro!*
Yo no digo nada. *Lloro,*
y mis lágrimas te envío!

Mientras que el pueblo español,
—¡á pesar de sus pesares!—
no deje alumbrarle el sol,
existirán sus *cantares*.

Canto, porque oí decir
que en este mundo el que canta
todas sus penas espanta.
¡Vaya un modo de mentir!

Como los árboles crecen
crecen ¡ay! mis sinsabores.
Sus hojas desaparecen,
pero nunca mis dolores.

¡Qué grande es mi desventura!
En cada paso que doy
la tierra pisando voy
que marca mi sepultura.

A mi pobre corazón,
cuando te mueras, le digo
le compraré otro cajón
para que vaya contigo.

Si hasta la gloria se entrara
por medio de adulación,
yo tengo la convicción
que en el *portal* me quedara.

Te estuve anoche besando,
sin poder ni un beso darte.
¡Cómo había de besarte,
si te besaba soñando!

¿Qué son todas tus heridas
con las mías comparadas?
Cura el médico las tuyas,
y sólo Dios las del alma.

No ambiciono más fortuna
ni quisiera más poder
que llegar á comprender
que canta el niño en la cuna.

Cuántas veces te pedí
lo que tu labio negó?
Ahora que dices que *sí*,
ahora te digo que *nó*.

Los jardines tienen flores
y peces tiene la mar,
y tiene sus sinsabores
el hombre que llega á amar.

Suelen pasar en la vida,
como esta escena, otras cosas:
al *ladrón* le está pidiendo
el *robado* una limosna.

José se llama el marido,
y *Josefa* la mujer,
y se precisa al tratarlos,
la calma de *San José*.

Si Dios, por gracia especial,
bajara al mundo, yo creo,
que al ver á Montevideo
se hiciera Dios *Oriental*.

Todos los hombres son buenos.
Al crímen solo los lleva,
—y entended bien este dicho,—
la falta de inteligencia.

Van á los toros saltando.
Después del último toro
el público vuelve en coro
aburrido y bostezando.

Adónde van á parar
las lágrimas que vertemos?
—Las aguas van aumentar
que en la otra vida bebemos.

Mirándote me paso
mirando el día.
Ya que tanto te *miro*,
mírame, niña.

Cuando yo te esté *mirando*
no *mires* hacia otra parte,
míra que cuando te *miro*
no pienso más que en *mirarte*.

Cuando á América llegué,
que era España me creía:
desde entonces la llamé
la segunda Patria mía.

Si la cara es espejo
que refleja el alma,
el alma de los viejos
debe ser muy mala.
¿Y hay algo más bello
que el alma del hombre
cuando llega á viejo?

A la Virgen de la ermita
le pido cada Domingo
que me otorgue la ventura
de que te cases conmigo.
Y la Virgen me contesta:
—*No tengas ningún cuidado*
que te casarás con ella.

De sus novias se despiden
los reclutas en mi tierra,
y en sus canciones les piden
que de ellos nunca se olviden
por si mueren en la guerra.

Que se deje de patrañas
dí al rey, aunque no le cuadre;
que al hijo de sus entrañas
¡ni por doscientas Españas
deja matar una madre!

Formó Dios á la mujer
de una costilla del hombre;
por eso, á mi parecer,
entre el uno y otro ser
no hay más distinción que el nombre.

En las luchas de la vida
el combate del *amor*
es el que nunca se olvida,
pues siempre dura la herida
y nunca cesa el dolor.

Sólo le teme á la muerte
aquel que ha sido *asesino*,
pues su conciencia le advierte
cual será su aciaga suerte
siguiendo el mismo camino.

Opinan que las estrellas
ojos de la Virgen son,
y á mí me parccen ellas
con tus ojos menos bellas,
niña de mi corazón.

Cuando en mis brazos te veo
es tanto mi frenesí
que hasta inmortal yo me creo,
y es que la vida deseo
siempre que te abrazo así.

¿De qué sirve en este mundo
ni las canas ni el saber,
si hasta el sabio más profundo
se convierte, en un segundo,
juguete de la mujer?

Si el hombre considerara
cual es su sino al vivir,
la existencia se quitara
aun antes de que llegara
sus ojos al mundo á abrir.

Momentos hay en la vida
en que el hombre, fascinado
de alguna imagen querida,
de su pundonor se olvida,
del presente y su pasado.

¡Patria! ¿qué podrá expresarte
quien te ama de corazón?
cada día más amarte
y este *cantar* dedicarte
á falta de inspiración.

Lo mismo que el río al mar
camina siempre derecho,
aquel que te llegue á amar
va derechito á parar
al olvido de tu pecho.

Critica siempre *la envidia*,
que en el mundo el envidioso
hasta de sí se fastidia...
y en cambio de su desidia
vive de todo celoso.

Fué por la tarde á *enterrar*
á su mujer el Montijos,
y por la noche á *cantar*.
¡Lo hacía para ganar
la vida para sus hijos!

¿Quién soy yo? con egoismo
me pregunto y no respondo.
¿Quién se conoce á sí mismo,
si es el alma negro abismo
que no se le encuentra fondo?

Quisiera, madre, beber
las lágrimas que tú viertes.
Deja tu llanto correr,
que en la *pena* y el *placer*
unidas van nuestras suertes.

Quisiera hacer *escaleras*
hasta el cielo, la verdad;
que no fuesen de maderas,
sino hechas de *calaveras*
de toda la humanidad.

Si tú no hubieras nacido
yo muriera sin saber
que se podía querer
del modo que te hé querido.

Las flores del campo santo
me conocen al llegar
porque las suelo regar
á menudo con mi llanto.

No la enterreis todavía...
que si es un sueño la muerte
puede que mi amor despierte
al escuchar la voz mía.

Las puertas del campo santo
al amanecer se abren
que me lleven á enterrar
antes que las cierren, madre.

Camina aprisa el mortal,
pero pueda su memoria.
Esa se llama la *gloria*
¡que permanece inmortal!

El hombre vive soñando,
¡que triste es la realidad!
y así la vida pasando
¡despierta en la eternidad!

La vida es tan pasajera,
tan efímera y avara,
que basta un *segundo*, para
que desaparezca entera.

A la hora de mi muerte
una cosa hé de pedir
para contento morir
¡poder un instante verte!

El hombre que se *suicida*
es cobarde y criminal,
porque no es dueño el mortal
de disponer de su vida.

Nace el hombre, y á la par
ya le señala el destino
la fosa que en su camino
tiene al morir que ocupar.

Ningún nécio se *suicida*,
y esto es prueba que en el mundo
más que el sabio más profundo
aprecia el nécio la vida.

Todo mortal al nacer
en pago de haber nacido
lleva en su ser esculpido
el gérmen del padecer.

A mi entender es la vida
como el dolor de una *muela*:
viene el *dentista*, la saca
y el dolor entónces cesa.

El niño llora tal vez
de haber al mundo venido,
y en llegando á la vejez
por el tiempo que há perdido.

Pues los hombres son esquivos,
por si los sueños son ciertos
no reces nunca á los muertos,
reza, niña... ¡por los vivos!

¡Ojalá que en un altar
te pusieran sin demora,
para poderte adorar
como á una imágen se adora!

El oro es el *rey del mundo*
esto dice el usurero
porque ante ese ser inmundo
no existe más que el dinero.

Porque robé en la ciudad
me tienen en la prisión.
Tu robas un corazón
y gozas de libertad.

Mis grillos y mis cadenas
rompería con mi aliento
si llegaras un momento
para consolar mis penas.

No me pidas, madre mía,
olvide al hombre que quiero,
que has de conseguir primero
te falte la luz del día.

Yo jamás te llamaré,
aunque te agravies, *hermosa*...
yo quiero llamarte *diosa*,
y no me equivocaré.

¿Qué vale una fiera, dí,
si ante el hombre se compara?
¡una fiera á su hijo ampara,
y el hombre lo arroja de sí?

Todos adoran á un Dios
por su gran Omnipotencia.
Yo, con esta diferencia,
á tí y á él, á los dos.

Las escaleras del vicio
sube con facilidad
todo el hombre que se entrega
á la vil ociosidad.

De este modo á mi entender
comparte su amor el hombre:
entre á la que debe el sér
y á la que le dá su nombre.

Hay que olvidar los agravios
que de nécios recibimos
porque así nos inscribimos
en la lista de los sabios.

Dios á Adan formó primero
y más tarde á la mujer:
vino en seguida un *tercero*
y lo echó todo á perder.

No me pidais que la olvide,
pues, sin que nadie se ofenda,
el que tal cosa pretenda
no sabe lo que me pide.

Me separé de tu lado
por ver si así te olvidaba...
pero yo no me acordaba.
que el corazón me has robado!

¡Si yo olvidarla pudiera!
más es necia pretensión
querer que una exhalación
se detenga en su carrera.

Presumo que el hombre es ciego,
pues no vé que el *matrimonio*
solo es obra del demonio
que lo há inventado por juego.

Cuando nos llega á faltar
las caricias de una madre
ni los cuidados de un padre
son bastante en el hogar.

Te quiero por una cosa
que no debe serte agena:
porque además de ser buena
eres, niña, muy hermosa.

Tiene un modo de mirar
con tal fuerza y arrebol
que hasta es capaz de eclipsar
con una mirada al sol.

No debe el hombre aspirar
á los manjares agenos,
que los más sanos y buenos
son los propios del hogar.

La verdad debe decirse
aunque sea en nuestro daño:
nada hay peor que el engaño
cuando llega á descubrirse.

¡Como amarnos los mortales
cual si fuéramos hermanos?...
¡ni aun los dedos de las manos,
por desgracia, son iguales!

Correr, lágrimas, correr...
no os detengais ni un segundo,
¡que no es vergüenza en el mundo
llorar por una mujer!

Hay quien dice: *con dinero*
todo se compra en la tierra.
¡Mentira! pues no hay caudal
para comprar la *conciencia*.

Contempla, niña, mi llanto...
y si tienes corazón
tén al menos compasión
de mi pena y mi quebranto.

Un *nuevo mundo* Colón
descubrió con gran acierto.
En cambio yo hé descubierto
que no tienes corazón.

El hombre se reconcilia
con su mísero existir
si al menos puede decir
tengo hogar y una familia.

Siempre tras un ideal
que forja tu fantasía,
soñando de noche y día
pasa la vida el mortal.

Una vez ladrón hé sido,
sin vergüenza lo confieso:
más fué... ¡por robar *un beso*
á la mujer que hé querido!

Querer es poder—¡falsía!
yo quisiera ser muy rico.
Por más que me sacrifico
soy más pobre cada día.

Hay quien dijo y con razón,
que este mundo es un *fandango*:
solo que unos bailan *tango*
y otros bailan *rigodon*.

¿Quién fía en el juramento
de labios de una mujer!...
palabras que lleva el viento
para nunca más volver.

Si con llanto como el mío
bastase hasta á tí llegar;
yo con él haría un río
para poder navegar.

Por el mundo caminamos
y aunque distantes estemos
cuando menos lo pensemos
los hombres nos encontramos.

Soñé que al cielo subí,
en un globo por más señas,
y llenito el cielo ví
de *Uruguayas* y *Porteñas*.

Para comenzar mis cantos
no me deis entonación,
me los dicta el corazón
en mis horas de quebranto.

Tengo el corazón partido
desde que te conocí.
La mitad para mi madre,
la otra mitad para tí.

Son tus ojos, mi querida,
dos luceros, y no miento,
que Dios al darte la vida
los quitó del firmamento.

Para palabra Aragón,
Madrid para la hermosura,
para amarte con locura
tan solo mi corazón.

A el hombre que es ahorrativo
le llaman todos avaro,
quien tiene ley al dinero?
el que lo suda al ganarlo.

¿Dónde irá el ave que pierde
al ave que la arrulló?
Sin los bienes de mi madre,
decidme ¿dónde voy yo!

Ya la iban á enterrar,
y... ¡lo juro por mi vida!
creyendo estaba dormida
la quise yo despertar.

....

Sin ser mi tierra Aragón
ni tu Vírgen del Pilar
te he eregido yo un altar
dentro de mi corazón.

Cantaclaro me pusieron
porque canto las verdades,
y los necios se ofendieron
de mis muchas claridades.

Con respecto á los cantares
tengo un modo de pensar:
que no se meta á cantar
el que no tenga pesares.

En esas noches de calma,
recordando nuestros lares,
como á Dios se eleva el alma
¡tiene el alma sus cantares!

. . . .

Al editor le dirijo
este último cantar,
pues con cariño prolijo
me los quiso apadrinar.



A. Bietti Editor



Emilio Carmona